

Frente a necesidades masivas de capacitación, las instituciones de educación superior (estimuladas por las políticas del gobierno) deberían corregir los currículos (tenidos en gran medida por rígidos y mediocres) y la especialización prematura, con el fin de cultivar las destrezas socioemocionales que exigen las nuevas formas de organizar el trabajo y la comunicación. Estas nuevas disposiciones incorporarán el aprendizaje digital y la educación continua, y así tendrán efecto en el adiestramiento de los académicos y los modos de instrucción.

Además, las instituciones de educación superior y los gobiernos deberían enfatizar la empleabilidad como parte de la educación, sin dejar de lado otros aspectos vitales del aprendizaje, como son los derechos y responsabilidades de los ciudadanos, la gestión individual de la carrera, el pluralismo y el aprecio por la diversidad cultural, etc.

En resumen, la educación superior latinoamericana ha entrado en una nueva etapa y necesita desarrollar conceptos e instrumentos innovadores para hacer frente a las dificultades de la masificación y la universalización. Además, estas dificultades se presentan dentro de sistemas económicos mixtos, donde gobiernos, mercados e instituciones interactúan y descubren nuevas formas de responder a las demandas y ambiciones sociales, de quienes aspiran a dejar atrás la pobreza, el autoritarismo, la violencia y la desigualdad.

La universidad pública en argentina: ¿ineficaz e ineficiente a la vez?

MARCELO RABOSI

Marcelo Rabossi es profesor asistente de la Escuela de Gobierno, Universidad Torcuato di Tella, Buenos Aires, Argentina. E-mail: mrabossi@utdt.edu

Durante la presidencia de Juan Domingo Perón (1946-1955), en la Argentina se implementó una política de admisión abierta en todas las universidades públicas. Todos los postulantes graduados de la educación secundaria eran admitidos. Además, la enseñanza era totalmente gratuita. Como consecuencia de esta

educación gratuita para todos, hubo una explosión de matrículas. Aunque ambas medidas se suspendieron periódicamente, en especial cuando una nueva Junta Militar tomaba el poder, el modelo quedó consolidado finalmente en 1984, fijando la dinámica actual de los flujos estudiantiles. Como es de suponer, esta política abierta ha tenido su lado oscuro. Las tasas alarmantes de abandono y el bajo número de graduados retratan una universidad pública a la vez ineficiente e ineficaz.

MECANISMO DE FÁCIL ENTRADA

Hoy, 54 universidades nacionales matriculan a casi 1,4 millones de alumnos (79% de la matrícula total en 2010); cada universidad es libre de determinar su propio proceso de admisión. Con diferentes tipos de cursos de nivelación, de acuerdo con las características y necesidades de cada institución, básicamente, todos los postulantes poseedores de un diploma de secundaria quedan admitidos. Además, la enseñanza sigue totalmente gratuita a nivel de pregrado. En consecuencia, con esta lógica, a los candidatos no se les pide que hagan un esfuerzo, ni intelectual ni financiero, para ingresar a las instituciones nacionales más prestigiadas. En otros términos, cualquiera que sea su desempeño académico, los candidatos pueden ingresar a cualquiera institución pública y matricularse en casi cualquier campo de estudio deseado. No obstante, esta política de admisión permisiva ha tenido malos resultados.

Hay que tomar en cuenta la pesada carga de un modelo de admisión abierta, pues Argentina carece de un examen final estándar para controlar la calidad de los graduados de secundaria.

Dicha situación ejerce mayor presión sobre el sistema, en particular cuando el alumno medio de secundaria carece de los conocimientos básicos para desempeñarse en la educación superior.

De acuerdo con el último Programa de Evaluación Internacionales de Estudiantes (PISA), en 2009 Argentina ocupó el lugar 58 entre 65 países, confirmando que la brecha de desempeño entre los mejores y los peores postulantes era una de las mayores entre los países participantes. De manera que no causa sorpresa que solo unos pocos estudiantes logren terminar su educación universitaria.

UNA UNIVERSIDAD INEFICIENTE E INEFICAZ

En promedio, solo 22 por ciento de todos los alumnos de las instituciones estatales logran graduarse. En cambio, el sector privado muestra tasas de graduación más eficientes (35%). Los costos financieros y de opor-

tunidad más altos, y las carreras mejor organizadas del sector privado estimulan a los estudiantes a terminar sus estudios en menos tiempo. No obstante, en el sector público también es probable que la violación de los reglamentos internos contribuya a agravar el problema. Si bien la Ley de Educación Superior de 1995 dispone que todos los alumnos deben aprobar por lo menos dos ramos al año para conservar su matrícula, es probable que 27 por ciento del alumnado no termine ni un ramo durante el año académico. La cifra sube a 41 por ciento si se cuenta los que tomaron menos de dos ramos durante dicho período. No causa sorpresa que esta “universidad permisiva” sea responsable que Argentina tenga la cifra más alta de matrícula universitaria general de América Latina. Por otra parte, el país gradúa a solo 2,4 estudiantes por 1000 habitantes, muy por debajo de otros sistemas más eficientes de la región.

Aun cuando en algunas universidades públicas las tasas de graduación son más comparables según normas internacionales (donde un 50% de los alumnos de primer año terminan sus estudios universitarios), otras presentan tasas de graduación alarmantemente bajas. En más de un tercio de todas las públicas, las tasas de abandono superan el 80 por ciento. En parte, este desequilibrio se debe, probablemente, a que ciertas instituciones son más selectivas en la admisión de alumnos en las carreras más exigentes. Con la asignación de alumnos de menos éxito a las carreras menos exigentes, algunas universidades han logrado disminuir su tasa de abandono. Además, ciertos cursos de nivelación han dado resultado, especialmente en clases menos numerosas, donde los alumnos tienen más contacto con un instructor. Más aún, las instituciones públicas están ampliando el número de carreras más cortas, para aumentar el número de graduados. En este sentido, tienden a comportarse como instituciones no universitarias, con el fin de enfrentar el dilema del abandono.

LA NO-UNIVERSIDAD EFICIENTE COMO PARTE DE LA SOLUCIÓN

En cambio, una proporción creciente de estudiantes se matriculan hoy en instituciones no universitarias, fenómeno que ha disminuido el drama nacional de las bajas tasas de graduación.

Dichas instituciones ofrecen carreras de dos o tres años en campos como tecnología de la Web y formación técnica. Además, gradúan a más del 70 por ciento de todos los maestros primarios y secundarios, y han demostrado que son más eficientes que la universidad nacional.

Dichos institutos terciarios matriculan a 691.000 alumnos o 30 por ciento del total de todos los matriculados en educación postsecundaria, pero producen casi el mismo número de graduados que las universidades. Si se consideran estas instituciones, Argentina resulta más efectiva en la producción de capital humano. Los institutos terciarios, efectivamente, elevan el sistema de educación superior argentino al nivel de los países vecinos.

La mayor tasa de eficiencia de los institutos terciarios se apoya en factores tanto académicos como organizativos. Primero, las carreras son más cortas y exigen menos preparación académica previa. Segundo, al ofrecer clases menos numerosas que las universidades, estos institutos obtienen una interacción más próxima entre estudiantes y profesores. Además, las instituciones terciarias fueron concebidas como una prolongación de las escuelas secundarias. En tal sentido, ofrecen un “entorno más amigable” y exigen menos ajustes para lograr un buen resultado.

Aunque en Argentina la universidad nacional se enorgullece de la igualdad social de sus admisiones, también se ha mostrado tanto ineficiente (a juzgar por las elevadas tasas de abandono) como ineficaz.

CONCLUSIÓN

Aunque en Argentina la universidad nacional se enorgullece de la igualdad social de sus admisiones, también se ha mostrado tanto ineficiente (a juzgar por las elevadas tasas de abandono) como ineficaz (baja proporción de graduados en comparación con otros países de la región) en la producción de capital humano. Aun sin considerar los requisitos para matricularse ni la enseñanza, es evidente la fuerte selectividad que rodea el tránsito del primero a los años siguientes en la mayoría de las carreras. Si la Argentina desea alcanzar efectivamente su meta de un sistema postsecundario que sea verdaderamente justo y equitativo, habrá que redefinir la política de educación superior. Fuera de la urgente necesidad de reforma a nivel de secundaria con el fin de preparar mejor a los alumnos para el estudio postsecundario, los institutos terciarios y las universidades deben actuar como entidades complementarias. El objetivo debe ser

el de alcanzar una mejor articulación entre los dos tipos de institución (hoy casi inexistente), y ayudar a que los estudiantes con menor preparación efectúen sin dificultad la transición de la educación secundaria a la terciaria con más opciones.

América Central: el valor de la cooperación académica internacional

NANETTE SVENSON

Nanette Svenson es profesora adjunta del Centro Payson para el Desarrollo Internacional, Universidad Tulane, Nueva Orleans, Louisiana. E-mail: nanette.svenson@gmail.com

América Central, como muchas regiones en desarrollo pequeñas, contribuye poco a las iniciativas de investigación mundiales: su contribución corresponde a menos del 0,05 por ciento de investigación y desarrollo global, y solo 0,07 por ciento de las publicaciones del Science Citation Index. Si bien por lo anterior parecería que los adelantos científicos y tecnológicos de América Central no merecieran ser objeto estudio, ocurre lo contrario. Es probable que el progreso en este campo determine el grado de desarrollo de la región en los próximos decenios.

Siete países componen este subcontinente situado entre México y Colombia: Belice, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá. Cada uno es diferente en muchos aspectos, pero todos comparten la categoría "ingreso medio" del Banco Mundial para los países en desarrollo. Así, pese a una tasa de pobreza de 40 por ciento, América Central, en la mayoría de los casos, no reúne las condiciones que permitan recibir asistencia de los países donantes.

Tampoco tiene el tamaño ni la riqueza suficiente para generar internamente el crecimiento necesario e impulsar el crecimiento. Como dato interesante, casi la mitad de las economías del mundo quedan en la misma categoría intermedia, casi el doble de las que se encuentran en la clasificación de altos ingresos o en la de bajos ingresos. Así, las circunstancias que encara América Central, especialmente para participar en la exploración

científica global, no son únicas. La cooperación académica internacional ofrece un medio fuerte de encarar esta inquietud y llenar algunas de los vacíos existentes.

OBSTÁCULOS

América Central encara numerosas dificultades que impiden desarrollar la capacidad de investigación. La matrícula en educación superior ha subido en los últimos años, gracias a una proliferación de universidades privadas y diversos incentivos financieros para el mercado laboral, y hoy promedia alrededor del 25 por ciento de la cohorte etaria; pero las tasas de estudios completos se estiman en una cifra mucho menor. Exceptuando a Costa Rica, la calidad es también relativa. Ninguna universidad centroamericana aparece en los rankings internacionales; la inversión pública en educación es inferior al promedio de 5 por ciento del producto interno bruto propuesto por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico; pocos profesores tienen grados académicos avanzados; hay mecanismos emergentes de aseguramiento de calidad, pero aún no están desarrollados; y los currículos son en general anticuados, excesivamente teóricos e inaplicables a un trabajo sectorial productivo.

Además, la región invierte poco en investigación científica. Al contrario de sus contrapartes industrializadas, 70 por ciento de la inversión es pública, con escaso o ningún apoyo privado. Lo anterior representa una limitación considerable, pues los gobiernos deben esforzarse para presupuestar la cobertura de los gastos fundamentales en salud y educación, sin margen para invertir en actividades científicas y tecnológicas. En consecuencia, la investigación se ve como un lujo, los autores de políticas, en su mayoría, están desinformados respecto de sus retornos potenciales y América Central tiene una de las menores tasas mundiales de inversión en investigación y desarrollo. También carece de iniciativas de institucionalización, lo que impide sostener una programación científica. Por último, la región funciona principalmente en español. Este hecho facilita la cooperación dentro de América Latina, pero impide colaborar con América del Norte, Europa, Oceanía y Asia, donde hoy ocurre la mayor parte de la exploración y publicación científica.

La región invierte poco en investigación científica. Al contrario de sus contrapartes industrializadas, 70 por